

La luciérnaga codiciosa.

Érase una vez una niña. La niña vivía en una gran mansión a las afueras de una gran ciudad. Pero por muy grande que fuera su casa y por muchos juguetes que tuviera, la niña se aburría. Sus padres nunca estaban en casa, por viajes de trabajo, y no tenía amigos con los que jugar. Su único pasatiempo era la astronomía. Pasaba noches en vela mirando estrellas y constelaciones. Su mayor sueño era ser astronauta y tocarlas. Una fría noche de otoño, la niña las estaba admirando desde su ventana. Su atención fue atraída por una estrella que...¿ revoloteaba? Ella, indignadísima, bajo corriendo a su enorme jardín. Descubrió que aquella estrella era una luciérnaga. Maravillada, la niña no podía quitarle los ojos de encima. Pero había olvidado coger abrigo, y una ráfaga de aire frío, le hizo estornudar. El ruido hizo que miles de luciérnagas más empezaran a volar al rededor de ella. La niña se sentía como un sueño, realmente le parecía que estaba rodeada entre sus amadas estrellas. Cuando llevaba un rato contemplando semejante espectáculo, se dio cuenta de que era muy tarde y decidió regresar a su habitación. Pasó toda la noche desvelada, pensando en la maravilloso espectáculo que acababa de presenciar. A la noche siguiente, regresó, deseoso de revivir aquella sensación que la había invadido en aquel momento. Volvió a tener que regresar, pero tuvo la necesidad de atrapar y llevarse una “estrella” a su habitación. Una vez libre en su habitación, la luciérnaga comenzó a volar, desesperada. La niña admiró lo brillante y luminosa que era en ese momento, y poco a poco se fue quedando dormida, con el suave resplandor de la luciérnaga que también se apagaba, A la mañana siguiente estaba muerta. Ella, no le dio importancia, y a la noche siguiente atrapó a otra, pero su final fue el mismo. Días más tarde, su padre regresó de un largo viaje, y ella le contó, orgullosa, lo que había descubierto y lo que estaba haciendo. El padre, horrorizado, le contestó que no siguiera con esa macabra costumbre, que las luciérnagas necesitan vivir en enjambre, junto a su familia y amigos, y si las aparta de ellos, mueren de pena. La niña no escuchó. Cada noche, antes de dormir, sacrificaba a una luciérnaga para poder presenciar su brillantes y desesperados halos de luz, intentando comunicarse con su enjambre. Una noche, repitiendo su ritual de antes de acostarse, descubrió que todas y cada una de las luciérnagas de su

jardín, habían desaparecido. La niña no podía creérselo. Lloró desesperadamente, sin saber que hacer. Era los mas hermoso que había visto en su corta vida. Eras sus estrellas, lo que mas admiraba y deseaba en la vida, pero al alcance de su pequeña mano. Miró a las verdaderas estrellas. No le bastaba con verlas, quería de nuevo a sus luciérnagas, tener y sentir la luz cerca de ella, más que cualquier estrella de verdad. Se dio cuenta de lo arrogante que había sido, arrebatándole a las luciérnagas su familia, sus amigos, su vida.. Y lloró más. Se dio cuenta que era lo más cerca que había estado de sus admiradas estrellas. Y lloró más. Si tan solo le hubiese hecho caso a su padre. Si tan solo no hubiese sido tan codiciosa. Ahora ella era la luciérnaga.

Fin.

-Dai-